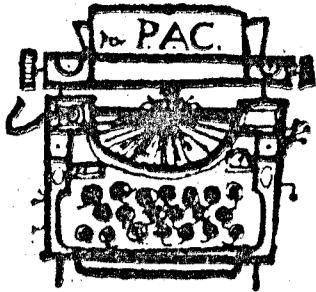


escrito a máquina

Mendigar

verbo

politico



Yo no sé si la costumbre que voy a narrar estaba generalizada en toda Nicaragua o en sus principales ciudades. En Granada, por lo menos, estaba profundamente arraigada y venía, según me decía mi padre, desde los tiempos coloniales. Todavía hoy se advierten restos de ella. Me refiero al "sábado de la limosna", o, en otras palabras, a la tradicional costumbre de preparar, el día sábado, en las casas de los pudientes, una cantidad de dinero —generalmente en monedas pequeñas— para repartirla a los pordioseros, y —como complemento— la costumbre de ellos de desfilar, de casa en casa, en ese día, demandando su limosna.

La cuota para cada mendigo oscilaba según el valor de la moneda y, naturalmente, según la generosidad de cada familia. Había casas de hacendados que agregaban —a los cinco o diez centavos por cabeza— uno o dos plátanos y una tajada de queso. Como también habían ricos de mala fama entre el gremio mendigo que no daban a cada pobre más que un plátano —y algunos un mísero guineo— bastimento despreciado hasta por los mendigos en los días de mi infancia—. Recuerdo también que la mayor parte de los mendigos protestaban o rechazaban cualquier limosna menor a la establecida. Pedían con la fórmula acostumbrada: "Una limosna (o una limosnita) por el amor de Dios", pero si en vez de cinco centavos o de diez (según la época) se les daba menos, habían quienes los arrojaban al suelo con gran dignidad acompañada de maldiciones.

La corriente de los mendigos comenzaba muy temprano de la mañana. No cesaba en todo el día. Los pordioseros no solamente eran pobres de la ciudad sino del departamento. En la época de esplendor comercial de Granada llegaban pobres de todos los pueblos aledaños. Al caer la tarde el dinero preparado para limosna se agotaba y comenzaba, de parte de la patrona, o de la vieja sirvienta encargada de la distribución, el desabrido: —"Perdone, ya no hay"; que a veces era replicado por el mendigo con un rezongo que resulta más decente no traducir.

Repasando en mi memoria las características de aquella original costumbre —que hace apenas treinta años formaba parte del "vivir" de una población—, recordando incluso los rostros de algunos de esos mendigos que llegaron a serme familiares en mi infancia, muchas veces me he interrogado si eran ellos el saldo, que existe en todos los pueblos, de los derrotados por la vida, es decir, un simple desfile de mendigos que se veía grande porque se concentraba los días sábados, desfile que la sociedad cristiana de entonces atendía a su modo, institucionalizando el sábado como un día hospiciano y limosnero; o bien, si esos mendigos en fila india, llegando desde los barrios y desde los pueblos aledaños como un ejército de pediguñeros, denunciaban otra cosa: la parte visible de un profundo desajuste social, o, peor todavía, una forma derrotista de afrontar la vida derivada de las mismas estructuras sociales establecidas.

Si interrogamos sobre ello a la historia nos dice que el indio prehispánico mendigaba pero en casos extremos y justificando su pedir. Gómez, hablando de las costumbres de los indígenas de Nicaragua, dice: "Los pobres no piden por Dios ni a todos, sino a los ricos, y diciendo: 'hágolo por necesidad o dolencia'". Y por el lado español la tradición era mucho más fuerte y extrema. La historia de España en los siglos XV y XVI está llena de datos sobre esta ingrata forma de vivir y más todavía su novela picaresca. La mendicidad se había convertido en España no sólo en un oficio sino en una plaga. Era tan costumbre el pedir como el dar. Dice Colmeiro que no quedaba en Francia, Alemania, Italia y Flandes, cojo, manco, tullido o ciego que no fuese a Castilla a mendigar "por ser grande la caridad y gruesa la moneda". Fue tal el aumento de vagabundos y pordioseros que llegaron a tener sus cofradías, sus congresos e incluso sus fiestas y ante su proliferación el Estado se vio obligado a establecer una policía de mendigos.

Pero las causas que tenía España para abundar en mendigos no tenían por qué repetirse en América, mundo nuevo prácticamente ilimitado en cuanto a posibilidades de trabajo. Sin embargo, la mendicidad saltó el Atlántico y se hizo también oficio, plaga e institución entre nosotros. ¿Por qué?

Porque la estructura social que predominó en América estaba basada en la dominación de un grupo minoritario sobre la dependencia total de la mayoría. Ahora bien: el mendigo es la revelación de una absoluta dependencia. Nicaragua comenzó a abundar en mendigos, no por falta de trabajo, no por escasez de recursos, sino por unas estructuras que obligaban a unos

hombres (la mayoría) a depender totalmente de otros (la minoría). El hombre enseñado a depender y obligado por el medio a esta dependencia es un mendigo en potencia. Cualquier situación extrema lo arroja a mendigar descaradamente. De hecho la formación del nicaragüense en su medio socio-económico (que hasta ahora ha comenzado a variar desde la Colonia) es mendicante. Quizás el ejemplo que mejor nos demuestre esta realidad —completando el cuadro del sábado granadino— sea el ejemplo de nuestros partidos políticos tradicionales.

Al contrario de lo que sucede en todos los partidos organizados del mundo democrático, el partidario nica no cotiza, no da cuota sino que pide. No me refiero a la esperanza de ocupar un puesto público o de gozar de algún renglón del presupuesto si su partido llega al poder. No. Me refiero a que el partidario o correligionario nica tiene un derecho o se cree con un derecho a pedir a sus caudillos y dirigentes. Es —en una palabra— un mendigo político. Yo que fui hijo de un político sé lo que se parece la casa de un dirigente a la casa granadina de los sábados limosneros: un constante llegar a pedir, no en el nombre de Dios, sino en el del Partido.

Una vez Emiliano Chamorro conversaba con mi padre a la entrada de un hotel. El perro del dueño del hotel, que conocía al General Chamorro, comenzó a hacerle manifestaciones de cariño. Emiliano, abstraído en la conversación, sintió los golpes cariñosos de la cola del perro en su brazo. Entonces, instintivamente y sin volver a ver, metió su mano en el bolsillo, sacó un billete de a Córdoba y se lo tendió al supuesto correligionario que le pedía... ¡Un gesto-símbolo de toda una larga tradición política!

Pero ¿por qué esa relación de mendicidad —dentro de cada partido— entre "correligionario" y jefe? —Por la misma causa. Porque, mientras las palabras hablan de libertad, las realidades estructuran una dominación que destruye esa libertad. Ese pueblo no está en el partido por una motivación política democrática,

sino como una expresión de su absoluta dependencia. Al pedir confiesa, sin proponérselo, que no tiene libertad de ser hombre por sus propios medios. Es el engranaje en que está inserto el que lo convierte en mendigo.

Ahora bien, las estructuras que establecieron y mantuvieron al nicaragüense en esas condiciones ya han entrado en crisis. Las nuevas formas de vida que nos impone el mundo moderno las están socavando. Los medios de comunicación, las nuevas relaciones de trabajo, el crecimiento de una clase media cada vez más culta, las nuevas organizaciones laborales, la renovación de la Iglesia, la concientización masiva de las juventudes en las universidades, etc. . . . es decir, toda la presión de la historia tiende a sustituir esas estructuras anacrónicas de dominación por otras nuevas de liberación, más humanas, más justas y, también, más cristianas.

Lo interesante, sin embargo, es que la crisis no ha disminuido la vieja relación de "dominio-dependencia" sino que la ha agravado. Es lo típico en todo período final. La mendicidad se ha extendido en vez de reducirse. En política, por ejemplo, la situación de dependencia pediguñera, que todavía en tiempos de Emiliano sólo afectaba a las clases sin fortuna, hoy ha subido hasta las clases más ricas y el gran canibal se ha convertido en un correligionario tan incondicional y mendigo del poder como el más desvalido peón de antaño. Jamás la dependencia había marcado tan profundamente al país hasta en sus fuerzas más vivas y productivas. Pero, esa misma intensificación de la dependencia es un síntoma de su agonía. Nunca tampoco había presenciado Nicaragua una tan total renulsa de los viejos partidos de parte de sus juventudes como en nuestros días. La juventud —es decir, el futuro— cada día deserta en mayor número de los viejos cauces de dependencia en busca de nuevos caminos de cambio y liberación.

Todo indica que hemos llegado al último sábado de una tradición de mendicidad que la juventud se niega a continuar.

PABLO ANTONIO CUADRA